

30 CTS.

Ayuntamiento de Madrid



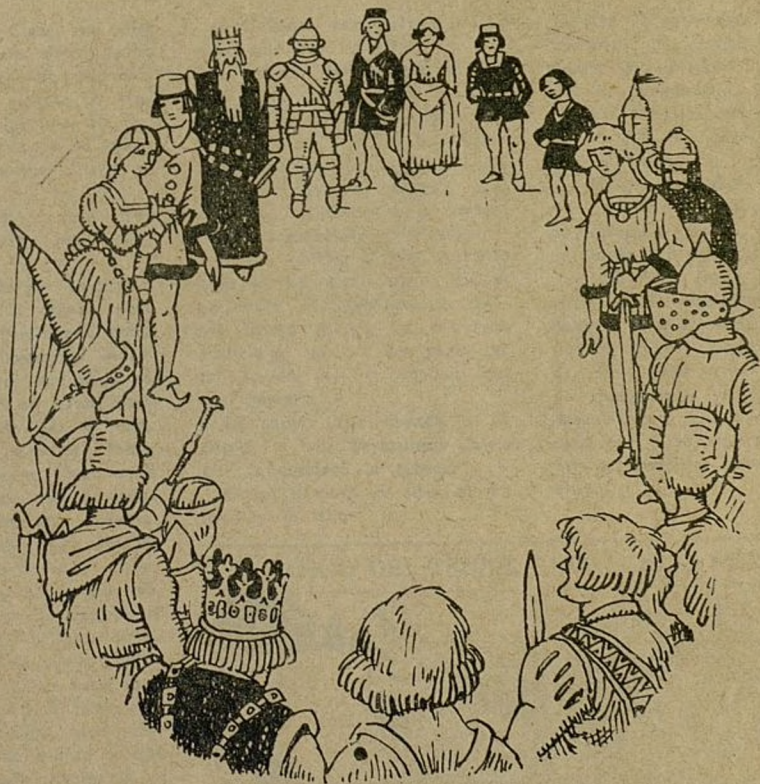




ALMANAQUE DE



# EL CUENTO INFANTIL



PARA 1923

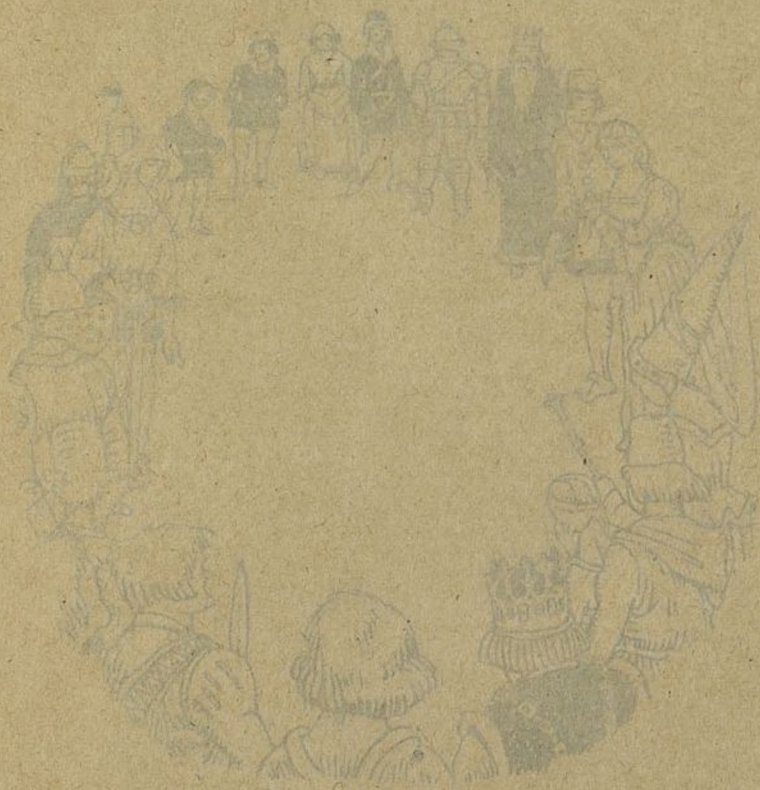
Ayuntamiento de Madrid





ALMANAQUE DE

EL CUENTO INFANTIL



PARA 1923

Ayuntamiento de Madrid

A  
des  
que  
y,

A  
el  
yo  
lo

I  
de

El s  
en que  
ecué d  
que hal  
rra lev  
clinaba  
Asustós  
dijo a

—¡O  
quiere  
veral

Tom  
cogió  
ver po  
to, y  
cogido,  
la par  
de est  
vesaba  
diatam  
memor  
te añ  
do al  
de mu  
mente  
viado  
médic  
do in  
ma n  
bien  
rante  
maltr  
ésta  
muert  
al fo  
el a  
el cr  
do lo  
bia.  
Al  
juez  
delar  
con



## JUICIO DEL AÑO

A sus queridos lectores  
desea El Cuento Infantil,  
que no sufran sinsabores  
y, en cambio, venturas mil

Aunque es difícil, amigo,  
el porvenir predecir,  
yo muy de veras te digo,  
lo que te voy a decir:

Desde el principio al final  
de este año que coiremos,

en leerme no habrá mal,  
y si no ya lo veremos.

Siendo mi lectura amena,  
con profusión de grabados,  
la recomiendan por buena  
los lectores ilustrados.

Así, pues, no habrá gran daño  
en que lectores a cientos,  
me lean por todo el año  
complacientes y contentos.

Y así habrá de suceder,

y quedaréis satisfechos  
porque tenéis de leer  
en mis columnas los hechos,

más morales e instructivos,  
que jamás se han concebido;  
que sean relatos vivos  
de cosas que han sucedido.

Y ya del año al final,  
mis lectorcitos amados,  
este cuento tan moral  
guardarán con mil cuidados.

### DESCUBRIMIENTO DE UN DELITO LARGO TIEMPO OCULTO

El sepulturero Claus, un día  
en que cavaba una nueva fosa,  
encontró de ver que una calavera  
que había en un montón de tierra  
levantada se movía y se inclinaba  
a un lado y a otro.  
Asustóse de momento Claus y  
dijo asombrado.

—¡Oh, Dios mío, parece que  
quiere decirme algo esta cala-  
vera!

Tomó, sin embargo, aliento y  
cogió del suelo el cráneo para  
ver por qué no permanecía qui-  
eto, y quedó nuevamente sobre-  
cogido, al observar que tenía en  
la parte superior un gran clavo  
de establar metido que le atra-  
vesaba de parte a parte. Inme-  
diatamente vino a Claus a la  
memoria que hacía más de vein-  
te años que había sido enterra-  
do allí un hombre que después  
de mucho tiempo de estar grave-  
mente enfermo y habiéndose ali-  
viado su dolencia, le declaró el  
médico fuera de peligro, quan-  
do inesperadamente aquella mis-  
ma noche murió Claus sabía muy  
bien que el buen hombre du-  
rante su vida había sido muy  
maltratado por su mujer, y que  
ésta había deseado vivamente la  
muerte de su marido. Parecióle  
al foso de mucha importancia  
el asunto, y llevó secretamente  
el cráneo al juez, contándole to-  
do lo que acerca del asunto sa-  
bía.

Al día siguiente, mandó el  
juez llamar a la viuda, púsole  
delante el cráneo, y preguntó:  
con voz muy grave:

—¿Conoces este crimen y el  
clavo que hay en él?

La mujer prorrumió en un  
gran grito, quedó pálida y como  
muerta y cayó desmayada. Al  
volver en sí, confesó que había  
dado muerte a su marido, en-  
fermo de aquella manera tan  
cruel e inhumana, y profunda-  
mente compungida, exclamó:

—¡Ah, desde aquella horrible  
hora no he tenido ni de día ni  
de noche un momento de reposo!  
Bueno es que se me haga  
justicia y que al fin pague yo  
mi pecado con el suplicio que  
me merezco.

La mujer fué llevada a la  
cárcel, y allí permaneció hasta  
que le cortaron la cabeza.

Llamó después el juez al fo-  
sero y le dijo:

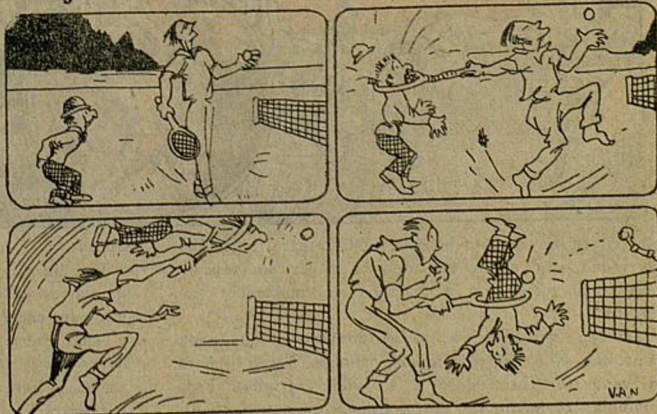
—Por el sobresalto del descu-  
brimiento del crimen tu te ol-  
vidaste de contarme, y tam-  
bién de preguntarte, qué era lo  
que ponía en movimiento el crá-  
neo cuando te diste cuenta de  
que se movía.

—Nada—respondió Claus—no  
era más que un sapo que esta-  
ba escondido debajo del cráneo,  
y, picado del clavo, se meneaba.

—¡Oh justo Dios! — exclamó  
entonces el juez conmovido —  
cuántos y cuántos siervos de ti  
justicia tienes! Después de más  
de veinte años te has servido de  
un inmuado y vil insecto para  
descubrir un secreto homicidio y  
para dar a su autora el castigo  
que justamente merecía en la  
tierra.

SMITH.

### JUEGO DEL TENNIS. UNA SUERTE NUEVA



Historieta muda



## EL BOSQUE ENCANTADO



Hace muchos miles de años, que en uno de los más antiguos Estados de a India y en la cima de una montaña se levantaba un viejo castillo rodeado de enormes rocas que bordeaban un profundo precipicio que hacía inaccesible aquella especie de fortaleza, a la cual se entraba por medio de un puente levadizo. Era la residencia de un señor llamado Vivamit

Tenía a su servicio a numerosos guerreros pagados

se veían obligados a viajar, a quienes robaba sus mercancías y su dinero, matándolos si se resistían.

Este malvado supo que en la márgenes del Ganges, vivía el príncipe Tivaryk, el cual poseía inmensas riquezas y tenía una hija llamada Delia, joven de una belleza incomparable

Como era natural su padre la adoraba y sólo pensaba en la felicidad de su hija, temblando a la idea de que pudiera encontrar un yerno que no



fuera digno de ella. No le importaban las riquezas ni los títulos pues de todo tenía; lo que ambicionaba era un hombre de nobles sentimientos y de una conducta intachable.

Vivamit Dakcha concibió la idea de ser su esposo para apoderarse de sus riquezas y ser príncipe, idea que puso en ejecución con asombrosa audacia. Vestido de guerrero y montando un brioso caballo blanco, escoltado de cuatro servidores, se

presentó un día en el palacio del príncipe Tivaryk y le pidió la mano de su bella hija.

El noble caballero que conocía al bandido se indignó de tal modo, que hubo de decirle:

—¿Cómo un hombre tan malvado como tú, sin honor ni sentimientos, ha tenido la osadía de presentarse a mi presencia y pedirme a mi hija por esposa? Sal inmediatamente de mi casa si no quieres que te haga prender por mis criados y te en-



cierra en las cuevas de este castillo para toda una eternidad, que es lo que debería hacer sin reparo, porque no otra cosa se merece un malhechor como tú.

Dakcha, rojo por la ira se contuvo y sin nada contestar salió del palacio del príncipe, jurando para sí vengarse, retirándose a su vieja fortaleza para combinar el medio de ser el esposo de aquella bellísima criatura y apoderarse de sus cuantiosas ri-

quezas.

Un día en que el príncipe y su hija acompañados de varios caballeros y de su servidumbre habían salido de cacería, tropezaron con el maldado Dakcha y sus guerreros, los cuales convertidos en verdaderos lobos los acometieron con sus hachas y con su lanza librándose una sangrienta batalla en la que perdieron la vida el príncipe y sus caballeros. La pobre Delia fué hecha prisionera por el bandido.





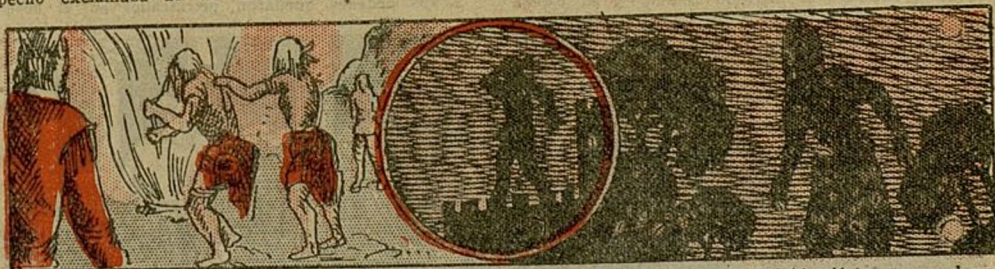
que se la llevó en sus brazos al castillo, encerrándola en una de sus mazmorras.

Diariamente entraba aquel monstruo para decirle que tenía que ser su esposa, pero la infortunada joven horrorizada lloraba amargamente.

Sin embargo, la dulce niña temblaba a presencia de su verdugo, el cual acabó por pasar de la súplica a la amenaza, y poniéndola el puñal en el pecho exclamaba de un modo feroz:

—Tu padre me negó tu mano y me insultó, ya sabes que le costó la vida; tú me rechazas también y te niegas a aceptarme por esposo, más tú no sabes que lo seré y el mismo día te mataré, porque yo de ti no quiero más que heredar tus riquezas.

Delia se retorció las manos con desesperación, pedía a Dios que la librara de aquel monstruo, pero por fin abatida su alma y sin alientos ya para protestar se celebró la boda en la capilla del castillo.



Después de la ceremonia, la joven más muerta que viva se retiró a las habitaciones que se le habían preparado.

La infeliz Delia, durante el tiempo en que los convidados celebraban con su esposo su sacrificio, lloró amargamente, pero de pronto secó sus lágrimas se animó su rostro y sintiendo en su espíritu un valor para ella desconocido, exclamó:

—¡Yo debo huir, Dios me protegerá!

Y resuelta salió de su habitación y como el puente del castillo estaba echado para que pudieran entrar y salir los invitados libremente, la joven lo atravesó ligera, empujada por el terror que le inspiraba su situación y se alejó por la montaña en dirección a los próximos bosques sin saber donde se hallaba, pero uno de los soldados que estaba de centinela en una de las torres del viejo edificio, se apercibió de aquella evasión y fuése corriendo a



dar cuenta de ella a su amo y señor, el cual lleno de furor ordenó que salieran en su persecución, yendo él al frente de sus hombres.

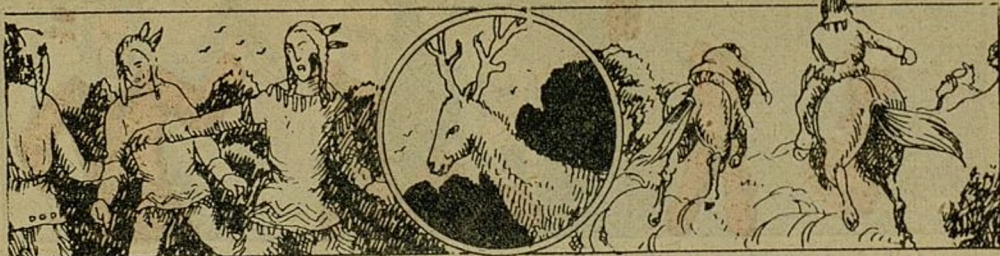
La infeliz niña que había podido ganar el bosque, al oír el galopar de los caballos, las voces de los perseguidores y el ladrido de los perros que habían olfateado ya su rastro, llena de espanto se refugió entre un espeso ramaje de unos árboles enanos, y fácilmente pudo ser cogida.

Dakcha la cogió en sus brazos y la puso sobre sus rodillas y volviéndose a sus guerreros les dijo:

—Amigos míos, después de una buena comida como la que hemos tenido, no vendrá mal que hagamos una carrera por el bosque. Mi amada esposa, con su fuga me ha dado una idea magnífica y que voy a poner en seguida en práctica.

Hacía días que habían cazado un precioso ciervo que lo tenía Dakcha encerrado en una choza ha-





bitada por uno de sus criados a la entrada mismo del bosque; ordenó que inmediatamente le llevaran el silvestre animal a su presencia y colocando a la angelical Delia sobre su lomo, tendida boca arriba, la ató con unas correas los pies y los brazos, sujetándola bien al cuadrúpedo y lo soltó para que escapara.

El ciervo emprendió veloz carrera con su carga encima y entonces el malvado Dakcha y su banda

se lanzaron a la caza del noble nimal que corría como una exhalación por entre la maleza, saltando quebrados y trepando peñascos.

Pero como si el cielo se hubiera estremecido de la crueldad de aquel hombre, empezó a caer una lluvia de fuego que incendió el castillo infernal, convirtiéndolo en un montón de ruinas que aún existen todavía. Y en cuanto a Dakcha y los bandidos a sus órdenes quedaron petrificados en el bosque,

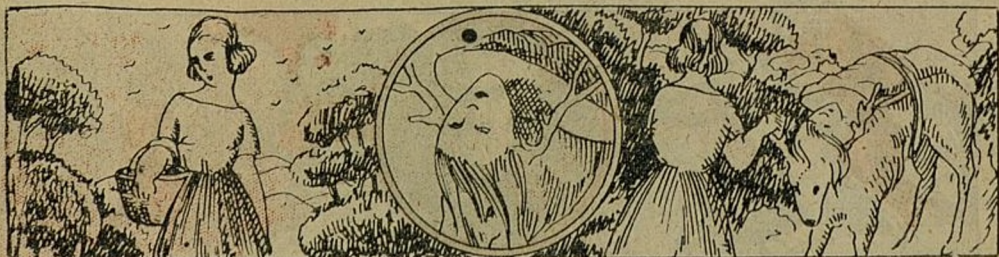


al igual que los caballos y los perros, mientras que el ciervo llevando sujeta a Delia sobre su lomo fué el rey de aquel bosque encantado, adonde por un misterioso poder, no acudió criatura humana por espacio de dos siglos.

En el transcurso de este largo período de años se edificó un gran imperio en los márgenes del Ganges, en el mismo lugar donde existió el palacio del príncipe Tivaryk. En una modesta cabaña próxima

a la montaña del ruinoso castillo de Dakcha, habitaba con sus padres una preciosa niña de siete años, dotada de un corazón angelical, de una dulzura infinita. ¡Ah, qué criatura más deliciosa y admirable! ¿Por qué no serían todas como aquella? Se llamaba Aurora y bien podía decirse que era tan pura como la que del cielo desciende para dar vida a la Naturaleza.

Al despuntar en el Oriente, Aurora se levantó:



—Hoy es la fiesta de mi madre y quiero regalarle un ramo de siemprevivas de las que deben crecer en el bosque.

Cogió una cestita que colgó en su brazo y se encaminó al bosque. Era la primera criatura que entraba en aquel encantado recinto después de dos siglos, pero apenas hubo penetrado en su interior, cuando vió venir hacia ella a un ciervo, el cual se arrodilló como si quisiera enseñarle lo que llevaba

encima. Aurora dió un salto de sorpresa al ver aquella hermosa joven, tendida y atada de pies y brazos, con sus largos cabellos negros que parecían un manto de seda. Tan inesperada aparición dejó muda por un instante a la niña, pero impulsada por su buen corazón se abrazó a la joven y juzguese de su asombro.

Las ligaduras que sujetaban a la petrificada Delia se rompieron, la joven volvió de su encanta-





miento, al mismo tiempo que el ciervo se transformó en un hermoso pájaro y se remontó por los aires hasta perderse en las nubes.

—¡Oh, bella niña!—exclamó Delia—dame agua.

Unos gritos espantosos resonaron en el bosque; las dos encantadoras criaturas vieron muy cerca de ellas al malvado Dakcha, que rugía desesperadamente, arrancándose sus largos cabellos, exclamando:

—¡Piedad, Delia, dame un poco de agua que me abrase!

Los demás guerreros pedían también agua y los caballos relinchaban dando fuertes resoplidos, al igual que los perros aullaban furiosamente, pero nadie podía moverse de su sitio.

—Huyamos—dijo Delia—es el monstruo que me persigue, es el asesino de mi padre.... ¡dame, dame agua!



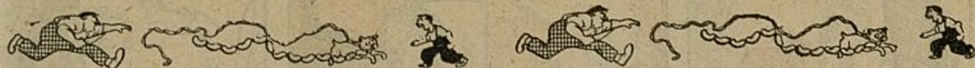
Quiso huir y no pudo mover sus pies; entonces Aurora corrió hacia donde estaba Dakcha, le quitó el casco y lo llenó de agua, pues estaban junto a un riachuelo y nadie podía llegar a él.

La niña ofreció aquel vaso a Delia y ésta bebió hasta la última gota, reanimándose sus pies y dando las gracias a su salvadora.

En aquel momento, Aurora sintió que sobre su cabeza se posaba un pájaro de colorido plumaje y le decía:

—Tu pureza, al pisar este bosque, ha levantado la maldición de Dios que pesaba sobre Vivamit Dakcha; han alcanzado, pues, su perdón y nada más necesitan.

Voló la paloma y un instante después, guerreros, caballos y perros se fueron evaporando por el espacio, y Aurora, llevando de la mano a Delia, se presentó en su casa, haciendo el regalo a su madre de aquella hermosa joven que había encontrado en el bosque encantado.



### LA ESPIGA ORGULLOSA

En un campo de trigo hablaban así las espigas:

—Sois unas serviles y vergonzosas compañeras—decían unas enhiestas y arrogantes a las que se inclinaban modestamente hacia la tierra.—Con la cabeza caída parece que estáis diciendo a voces lo poco que valéis.

—Oos engañáis, amigas mías—decían ellas—; nuestra modestia no nos priva de ser más útiles al hombre que vosotras. Esa ga-

llardía y orgullo que mostráis, elevándoos sobre nosotras, es per-



fectamente inútil, pues estáis vacías de grano y esto es lo que

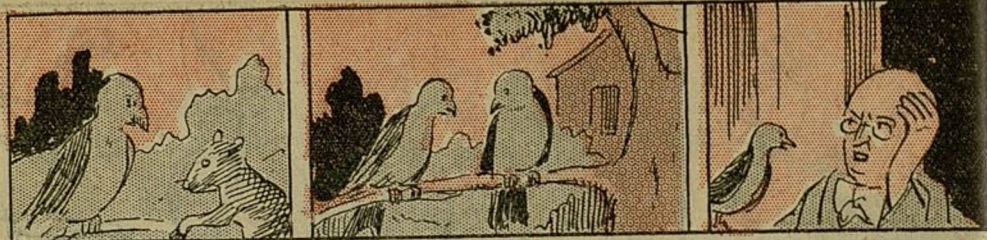
os permite adoptar esa actitud que estimáis tan honrosa. Mas vendrá la trilla y, entonces, el viento os arrastrará cual vana paja, mientras que nuestro grano servirá para hacer el pan.

Las espigas vacías soltaron la carcajada. Se reían de las prudentes palabras de sus compañeras, como el necio se ríe de los consejos del sabio.

Generalmente, no es el que más vale el que más pretende manifestarlo.



## LA ARDILLA Y LA HIJA DEL CONDE



Fué el Lirón que me contó esta historia y, como conocía personalmente a la Ardilla, debe ser verdadera. Sin embargo, el Lirón no lo vió, porque aconteció en invierno y él se pasa generalmente toda esa estación dormido. Pero el Lirón había hecho su guarida en el mismo matorral en que el Pecho Colorado hace su nido; éste vió cómo pasó todo, y se lo contó al Lirón. Así que nada de lo que va aquí debe ser puesto en duda por maravilloso que

parezca.

Maravilloso aun para el Pecho Colorado que ve más que nosotros. Espía una mañana por los vidrios de la humilde casita, y a la siguiente come migajas en el antepecho de la ventana del palacio del rey. Esto es muy fácil para el Pecho Colorado, que es bienvenido en todas partes con su pecho rojo, sus brillantes ojillos negros y alegre canto.

Bueno; creo que es tiempo de empezar la his-



toria que el Pecho Colorado le contó al Lirón, que el Lirón me contó a mí y que yo os cuento a vosotros, asegurándoos bajo mi palabra que no quito ni pongo coma.

En la mitad del camino de la montaña que miraba hacia la aldea, estaban situadas las hermosas posesiones del conde, el cual vivía con su hija, que era entonces una niña. No os la describiré, porque esto me sería muy difícil. Básteos saber que Estela era muy hermosa, la niña más hermosa del país;

que era también muy buena, muy obediente, muy cumplidora de sus deberes. Daba sus lecciones perfectamente, se levantaba en cuanto la llamaban y se iba a la cama sin murmurar cuando se lo ordenaban. Era también amable con los pobres y amaba a todo el mundo, lo que traía como resultado natural que todo el mundo la amara a ella.

Pero tenía un defecto: era muy derrochadora. Cuando le regalaban algún dinero lo gastaba inmediatamente. No guardaba lo más mínimo y todo



se le iba en dulces y otras cosas semejantes. No se preocupaba de cuidar sus trajes ni le importaba que se destrozaran en las ramas del bosque, porque sabía que tendría otros en seguida. La culpa no era toda de Estela, porque su padre, abuelo, bisabuelo y demás ascendientes habían sido siempre gente pródiga. Y cuando se reprendía a la niña por este defecto, acostumbraba a reírse alegremente. Esto era porque gustaba mucho de errar por los bosques que se extendían cerca del castillo de su

padre.

Ahora comprenderéis cómo el Lirón y el Pecho Colorado se enteraron de todo porque vivían allí cerca y conocían a Estela íntimamente.

Era un día de verano, y Estela estaba en el bosque, sentada sobre la rama de un árbol caído y comiendo caramelos. Balanceaba sus piernas y se sentía completamente feliz, cuando he aquí que desde lo alto de una encina descendió a saltos una hermosa ardilla la cual vino a parar a pocos pasos





de Estela. La niña le tiró un caramelo, pero el animalito lo reoció y volvió a arrojárselo diciendo: —¡Muchas gracias! No es bueno para mis dientes.

—¿Y cómo puede ser esto?—preguntó la hija del conde—. Rompes bellotas con tus dientes y esto es, seguramente, peor que comer caramelos.

—No para las ardillas. A cada uno lo que le conviene: bellotas para mí y caramelos para tí. Pero

ahora que pienso, tú comes dulces en cantidad. ¿Entonces siempre te dan dinero para comprarlos?

—Sí, siempre—contestó Estela.

—¿Supongo que tendrás una buena cantidad en el banco?

Estela se ruborizó al contestar.

—Siento mucho decirte que no tengo nada en él.

—¡Cómo!—dijo, sorprendido el animal. —Excúsame querida, si esto me pone fuera de mí. Tú



sabes que pertenecemos a una familia muy económica; yo siempre almaceno para el invierno. ¿Y tú, no?

—¿Y para qué lo haría?—rió Estela—. Mi papá se ocupa de esto.

—¿Guarda para el invierno tu papá?

—Yo no sé lo que hace él; pero alguien lo hizo alguna vez en la familia y ahora hay abundancia, supongo—. Y Estela comió otro caramelo.

—¿Cuánto dinero has gastado hoy—continuó la

Ardilla—y cuánto tienes en el bolsillo?

—Tenía dos duros esta mañana y me sobran veinte céntimos—dijo Estela un poco avergonzada—. Pero no lo gasté todo en dulces. He dado algo también.

—Veinte céntimos no es mucho, pero es mejor que nada y las cosas quieren principio. Supón que yo me ocupe de enseñarte a economizar. ¿Ves aquella encina hueca? Allí es donde yo almaceno mis bellotas; pero no tienes que decirlo a nadie.



Allí depositaré tus veinte céntimos, si quieres.

—Con mucho gusto—dijo Estela, sonriendo y tendiendo los veinte céntimos a la Ardilla.

—Me alegro que aceptes, querida. Ahora prométeme que me traerás la mitad del dinero que te dan todas las semanas. Yo seré tu caja de ahorros, ¿quieres?

—Con el mayor placer—contestó Estela con otra sonrisa.

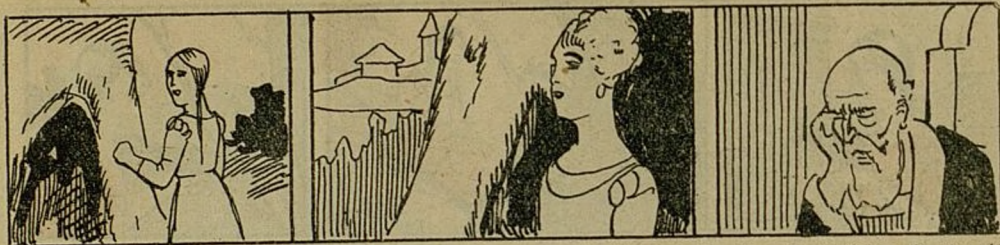
—¡Hurra!—exclamó la Ardilla, brincando de ale-

gria— Esto es lo mejor que he hecho desde hace largo tiempo. Pero se pasa el tiempo y tú ya has concluido tus caramelos. Te digo buenas tardes y espero verte aquí la semana próxima.

—Hasta la semana que viene. ¡Buenas tardes!—contestó Estela. Y después de permanecer unos segundos contemplando cómo se alejaba la Ardilla, saltando de rama en rama, volvió a su casa para tomar el té.

Aunque Estela pensaba muchas veces que era





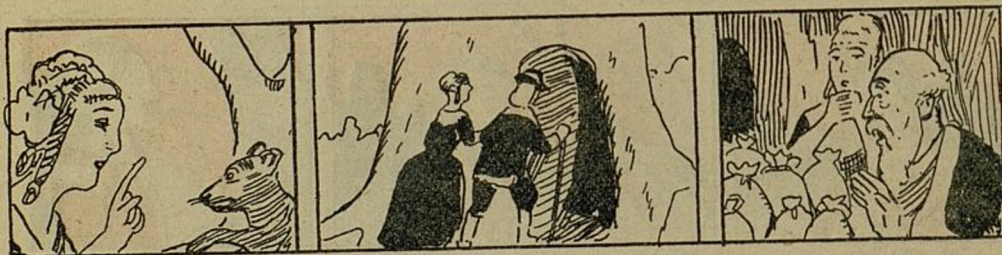
absurdo que la hija de un conde llevara dinero a la Ardilla para que se lo guardara, mantuvo fielmente su promesa. Todas las semanas llevaba la mitad del dinero que había recibido a su amiga la Ardilla. Y pasaron unos diez años. La hija del conde creció hasta convertirse en una hermosa mujer, y la Ardilla también se volvió más grande y bella que todas las otras de su especie.

Pero mientras unos crecían otros bajaban. El

conde había empobrecido. El invierno de su vida estaba próximo y nada había conservado para él. Caballos, coches criados, todo desapareció. Y los acreedores le tomaron lo demás que le restaba, excepto a Estela.

Estela fué al bosque en busca de la Ardilla. Eran hora viejos y buenos amigos ¿dónde mejor desahogar su pena y pedir consejos?

—Ven mañana aquí—le dio el animal—y trae a



tu padre. Verás cómo el depósito ha crecido en estos años.

Al día siguiente estaban frente a la encina hueca el conde y su hija; la ardilla vino a encontrarlos.

—Seguidme—dijo el animal.

Así lo hicieron al través del tronco hueco, por una larga galería. A lo largo de ella había bolsas y más bolsas conteniendo dinero.

—Esto no puede ser mío—dijo Estela.

—En realidad, no puedo decirte que hayas echo de lo mío. Pero ahora os pertenece. Podéis manejar el primer paso para hacerlo. Yo también puse algo de lo mío. Pero ahora os pertenece. Podéis mandarlo buscar.

—¿Y tú? ¿Qué harás tú?—preguntó Estela.

—¡Oh! yo ya he cumplido mi misión. Tengo que decirlos adiós—contestó tristemente.

—¿Adiós?—gritó Estela—. ¿Decirme adiós? Nunca, porque te amo más que a todos los amigos del

mundo, más que al oro contenido en esos sacos.

Al pronunciar estas palabras se, hizo una repentina obscuridad y cuando volvió la luz la Ardilla había desaparecido y un hermoso joven ocupaba su lugar.

El apuesto galán explicó el misterio:

—Era hijo de un rey, y, habiendo dilapidado la fortuna de su padre, le castigó un hada, transformándole en ardilla. Pero ya había expiado su culpa.

Momentos después, él y Estela caminaban de la mano hacia el castillo, mientras el conde quedaba contando su dinero.

“Esto me ha servido de lección—dijo el Lirón cuando el Pecho Colorado hubo concluido su historia—. Voy a tratar de guardar algo para el invierno, si lo juzgo más conveniente que dormir durante él. Tengo que pensarlo largamente y luego vendré a pedirte consejo”.

Edric Vdredenburg.





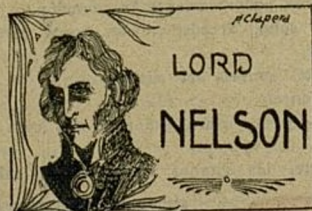
# LA VIDA DE LOS GRANDES HOMBRES



De entre los mejores pintores españoles, sobresale el sevillano Diego de Velázquez, nacido el año 1599, y muerto en Madrid el 1660.

El hermoso retrato que hizo de Olivares le valió que Felipe IV. le nombrase su primer pintor de cámara.

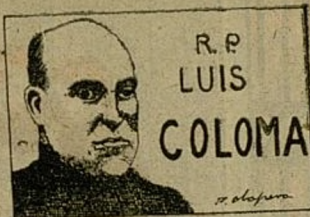
Son célebres sus obras. *Las Meninas*, *Dos enanos*, *La Rendición de Breda*. (Cuadro de las Lanzas), *La fragua de Vulcano*, varios retratos de Felipe IV, etc.



Horacio, conde de Nelsón, es el héroe más popular de la Gran Bretaña.

Su vida fué una serie interrumpe de victorias gloriosas para su patria. Ganó las batallas de Albutir (1798) y Trafalgar donde murió, herido por los españoles el 1805.

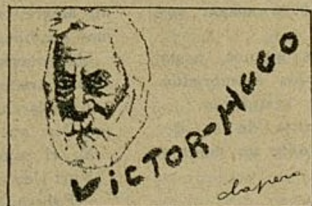
Era fuerte y manco.  
Nació el 1758.



Es el padre Luis Coloma, S. J., uno de los mejores escritores contemporáneos españoles.

Su obra *Pequeñeces*, produjo un gran revuelo en la alta sociedad, por creerse había retratado en ella el P. Coloma a personas muy conocidas en la Corte, cosa que él estuvo muy lejos de hacer.

Es, además autor de *Retratos de Antaño*, etc.



Gran poeta francés. Nació en 1802; murió en 1885.

Fué el más atrevido campeón del romanticismo, promoviéndose grandes luchas, cuando el estreno de su obra *Hernani*.

Es autor de *Odas y Baladas*, *La leyenda de los Siglos*, *Los Miserables*, su obra maestra, *Los trabajadores del mar*, etc., etc.

Recorrió todos los géneros y alcanzó las mejores alturas en cuanto a grandiosidad de idea y conocimiento de su idioma.

Es uno de los más grandes poetas del siglo XIX.



Fué Arquímedes, un célebre geómetra de Siracusa, nacido hacia el año 286 a. de J. C.

Sus inventos mecánicos son: el tornillo sin fin, la mediantada el poliparto, la polea móvil, hasta cuarenta.

Hizo grandes descubrimientos en geometría y en física. En fin. Arquímedes, es tenido por el hombre más sabio de toda la antigüedad.

Para terminar diré que fué un gran soldado: defendió su ciudad durante tres años por medio de sus máquinas, y pereció en el asalto en 212. A. J.



Vicente Macip, llamado Juan de Juanes, nació en 1523 y murió en 1579.

Fué uno de los mejores pintores españoles.

Jefe y creador de la escuela de pintura valenciana, sus cuadros, célebres todos ellos, son ahora guardados en distintos museos europeos.

## ARREPENTIMIENTO

Tomasito era un niño muy burlón, mentiroso y calumniador en extremo.

Una tarde, que como muchas, en vez de ir a la escuela se había ido a jugar con sus amigos, estaba persiguiendo a un pájaro en las afueras de la población, cuando se le acercó un señor montado en un caballo, que le rogó le dijera que camino había de seguir para llegar antes a la ciudad.

Tomasito que como sabemos era muy mentiroso, por no perder la costumbre, le señaló diferente camino, que el que debía seguir.

El desconocido, después de dar las gracias al muchacho, se fué por el camino señalado por Tomás mientras que éste empezó a reírse de su travesura. dirigió nuevamente hacia la ciudad y al lle-

gar a ella, se marchó a su casa, en la que con no poco asombro por su parte, vió en el comedor, al viajero que poco antes diera las falsas señas.

En seguida buscó a su madre, a la que preguntó quien era el señor que había en el comedor, a lo que le contestó la buena señora que era el cirujano de la ciudad próxima, y que había venido a hacer una operación a un tío de Tomasito, que había sufrido, una caída del caballo.

Tomás comprendiendo que por sus malos instintos, podía haber sido la causa de la muerte de su tío, prometió enmendarse, cosa que consiguió, siendo por ello feliz, el resto de sus días.

MANUEL DE LA MORENA





Julito era hijo de un opulento banquero.

Vivía en un palacio, en cuyos vastos jardines, tenía cuantas clases de distracciones puede apetecer un niño.

Y un día, por el camino, pasaron unos gitanos. Llamaron al niño, y le ofrecieron caramelos y, cuando éste abrió la gran verja, se apoderaron de él y le envolvieron en una mugrienta manta para apagar sus gritos.

Con tan preciosa carga, huyeron los gitanos, hasta el campamento, donde ofrecieron a los asombrados ojos del resto de la tribu, las ricas vestiduras.

Estas fueron arrancadas inmediatamente de su delicado cuerpecito, y en su lugar, pusieron un montón de harapos.

—Mirad!—le parece a Tresdedos.

Dijo una gitana. Todos rieron la gracia y, desde este momento, el niño, se llamó Tresdedos.



Nuri, al ver como sufría su amiguito con los malos tratos del gitano, le propuso abandonar su compañía, y aquella misma noche, cuando los gitanos dormían, los dos niños se alejaron.

Dos años más transcurrieron y los niños iban de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, ganando su

Un día se detuvieron en un pueblo alegre cuyas casas se tendían a lo largo de anchuroso río, reflejando en las tranquilas aguas la nítida blancura de sus fachadas. triste vida como dos bohemios.

—Yo recuerdo este lugar, Nuri.

—Y yo también. Mira, en aquel palacio dimos una función cuando íbamos con la caravana.

—Es cierto. Y allí me rompí una pierna. Ahora recuerdo. ¿Queréis que veamos si están aún allí aquellos venerables ancianos que tan bien nos trataron?

—Sí, vamos;

Los dos jóvenes se aproximaron. Y allí estaban los ancianos, sentados en sendos sillones de mimbre, medi-



La tribu levantó el campamento y se lanzó a correr el mundo.

Los gitanos hacían trabajar al niño. Le hicieron aprender a dar saltos mortales.

Gracias a Nuri, una niña gitana que se interesaba por él no se quedó muchos días sin comer.

Pasaron dos años. Un día, la caravana hizo alto en un alegre pueblo de casas blancas que semejaban palomas tendidas a lo largo del río.

Un soberbio palacio en cuyo jardín dos ancianos paseaban tristes llamó poderosamente la atención.

Aquella noche soñó Tresdedos con aquel jardín y aquellos ancianos.

Y, el muchacho, sonreía en sueños.

Nuri le vio sonreír.

—Pobrecito—sedijo—, estará soñando una cosa agradable.

Al día siguiente, los gitanos lucieron sus habilida-



tabund s, llorosos.

Tímidamente, llamó Tresdedos.

—Somos unos pobres artistas que ya hemos tenido el honor de ser recibidos por ustedes...

—¡Ah, es verdad! Pasen, pasen.

Nuri y Tresdedos entraron en el vasto jardín. A poca distancia del matrimonio permanecieron cortados, sin atreverse a demandar una limosna.

—Pero—dijo el caballero—¿no os atrevéis? Decid vuestro deseo.

—Yo... yo... Es que, francamente, les veo tan tristes que no me atrevo.

—No hagás caso, hijo mío, bailad que así tal vez logréis distraernos.

Y los niños, más animados, comenzaron una danza candenciosa que terminaron en medio del mayor fútilo por parte del matrimonio.

Luego, Tresdedos se despojó de sus pantalones y quedó en traje de titiritero. Pero sus vestiduras estaban



des ante los grandes señores.

Nuri bailó danzas orientales que merecieron los plácemes de los poderosos.

Llegó su turno a Tresdedos, que también fué muy aplaudido, pero en uno de sus saltos mortales en los que tanta admiración causaba, tuvo la desgracia de caer y quebrarse una pierna.

Los nobles señores se interesaron vivamente por el niño y pretendieron llevarle a su casa para atender a su curación. Pero el jefe de la tribu se opuso a ello.

Tresdedos fué trasladado al fondo de un inmundo carromato y sobre un montón de paja, fué abandonado a su dolor.

Nuri no abandonó al niño en su desventura. Como hábil cirujano, entablilló la pierna quebrada y, con jirones de su propia ropa, la vendó cuidadosamente.

Al otro día, el señor mandó a informarse de la salud del pequeño.



tan ajadas que sus espaldas quedaban al descubierto.

Varios saltos mortales ejecutados con suma destreza, merecieron los plácemes de los señores, y cuando se acercó a recoger el espléndido óbolo, la señora no pudo contener una exclamación de intensa alegría.

—¡Mira Alberto, mira!—dijo a su esposo.

—¿Qué?

—Ahí, junto al hombre izquierdo. ¿No ves un lunar?

—Sí... pero.

—¡Hijo mío, por fin me ha escuchado Dios!

Y tomando a Tresdedos en sus brazos le cubrió de besos, en medio del mayor asombro de Nuri que no sabía qué pensar de aquella escena.

Hicieronle contar al niño su historia.

El recordaba no ser hijo de los gitanos; él tenía presente aquel jardín y todos los detalles de su vida que el niño pudo traer a su memoria, confirmó a los nobles ancianos que era su hijo, el niño robado unos años



Y el jefe que vió un peligro en el interés del anciano, mandó emprender de nuevo la marcha por temor a que descubriese no era su hijo.

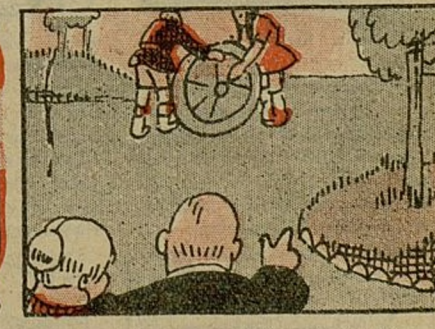
Fué esto para Tresdedos un horrendo suplicio. La pierna rota necesitaba una gran quietud que no hallaba, ciertamente, en el continuo ajeteo del carro.

Así anduvieron un gran espacio. Por fin, el carromato se detuvo. La gitana velaba su sueño.

Pero, a poco, la estera que cubría el carro se alzó y apareció la innoble cabeza del gitano.

—Oye tú, vago prevente que vamos a trabajar en este pueblo.

Fué inútil toda súplica. Tresdedos hubo de salir de su lecho de dolor y hacer mogigangas ante un público heterogéneo que reía al ver sus muecas de dolor, creyendo eran payasadas. Y saltó, aunque no con la habilidad de otras veces, lo que le valió una buena paliza del desalmado gitano.



antes y cuyo paradero no pudieron averiguar.

Nuri se fué apartando poco a poco del grupo.

Corrió hacia ella Tresdedos.

—¿Dónde vas, Nuri?

—A seguir mi camino. Tú has encontrado ya a tus padres; sé feliz, amigo mío.

—No, eso no; mis padres tienen corazón para amar a dos hijos.

La noble señora que se había aproximado, oyó las últimas palabras de su hijo.

—Tienes razón, Julito; Nuri será nuestra hija y como a tal la amaremos. En nuestra casa ha un lugar para ella.

—Ea, niña—dijo alegre el anciano—, se acabó la vida de miserias y a ser felices, por que sin la dicha es imposible.

Dos días después, los niños jugaban alegres por el jardín, mientras los nobles ancianos les miraban, reflejándose en sus rostros la ventura.



## EL CASTILLO DE LAS ROCAS



Había una vez un rey que tenía dos hijos, y aunque su reino era extenso y sus súbditos fieles, él era bastante pobre.

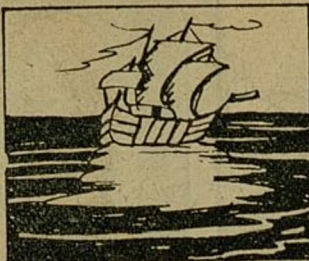
El rey no se preocupaba del porvenir de su hijo mayor porque sabía que heredaría la corona; pero le entristecía el pensamiento de lo que sería del se-



gundo.

Un día que el rey se paseaba por el jardín, su hijo menor se le aproximó:

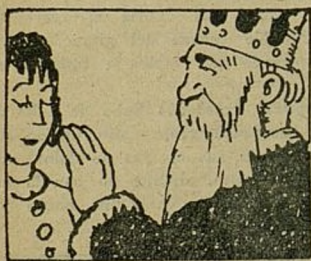
—Padre—le dijo,—estoy cansado de esta vida ociosa... Yo sé que tienes poco dinero y te sacrificas para mantenernos con lujo. Te ruego, ante todo, que me



des tu bendición y me prometas concederme un favor. Después partiré lejos de aquí en busca de fortuna.

—Mucho sentiré que te alejes, hijo mío—dijo el rey;—pero si tal es tu deseo... dime cuál es el favor que quieres.

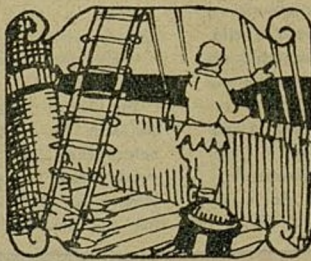
—¿Quieres darme un barco con



unos cuantos hombres de confianza?.

—Ciertamente, Juan. En cuanto a mi bendición la tienes, pero no necesitas mucho de ella porque las hadas te bendicieron al nacer.

Al poco tiempo el príncipe Juan, después de despedirse ca-

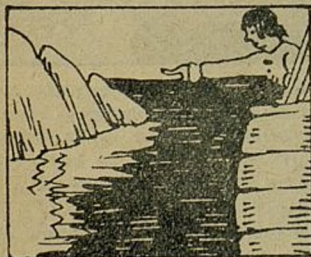


prendía viaje hacia el sur, rumbo a unas tierras de cuya riqueza había oído hablar, pues decían que abundaba allí el oro y las piedras preciosas.

Pero pronto, apenas se había alejado de su país, sucedió una cosa extraña. No podían dar al riñosamente de los suyos, em-

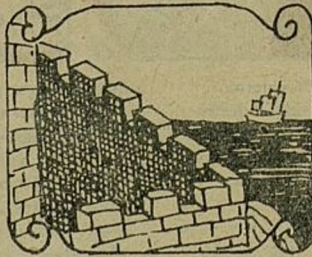


navio el rumbo que deseaban. Alguna influencia extraña lo empujaba al sudeste, cuando ellos pretendían llevarlo al sudoeste. Ellos sabían que en la primera dirección abundaban muchas islas rocosas, que hacían difícil la navegación. Pero, a pesar del terror y la oposición de los ma-

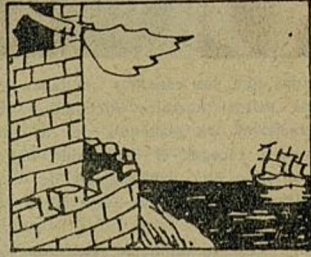


rineros, que querían retroceder, el príncipe, odenó que siguieran el rumbo que el destino parecía indicarles.

—Tenemos que ir a donde el navio nos lleve. Las hadas que bendijeron mi nacimiento no pueden querer más que mi bien. Son ellas las que dirigen el barco.



El príncipe fué el primero en avistar tierra. Era una isla pedregosa que surgía como una masa negra de entre las azules aguas. Al aproximarse vieron que había en ella un castillo solitario. Y cuando llegaron más cerca el príncipe lanzó una exclamación de sorpresa, porque en una de las



ventanas del castillo había una hermosa doncella que les hacía señas con un pañuelo.

Tan pronto como pudieron hacerlo sin peligro, desprendieron del navio un pequeño bote y el príncipe y algunos de sus marineros abordaron la isla.

—¿Quién eres y por qué nos



## EL CASTILLO DE LAS ROCAS



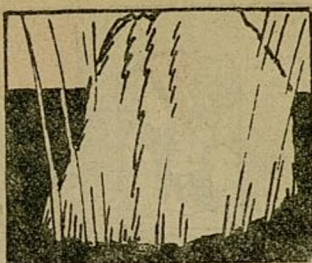
llamabas, hermosa joven? — preguntó el príncipe Juan.

— Soy la hija de un rey y os ruego me saquéis de este horrible castillo, donde estoy prisionera hace muchos meses. Un perverso encantador me retiene en él. Tenéis que fingiros amigos suyos y entrar en el castillo. Tal



vez encontraréis algún medio de salvarme. Pero no digáis que habéis oído mis gritos de socorro.

El príncipe le dijo adiós amablemente y fué en seguida a llamar a la puerta del castillo, agitando una gran campana. Vino a abrir un hombre alto y flaco: era el mago.



El príncipe le hizo una profunda reverencia:

— Señor — le dijo, — he venido en aquel navío y hemos abordado aquí a causa de haber perdido nuestro rumbo. ¿No podríais indicárnoslo?

— Habéis venido a buen lugar porque yo soy un mago y puedo



hacerlo todo.

— ¿De veras? — dijo el príncipe.

— Nombrad algo que queráis que cambie a vuestra vista y os convenceréis.

— Me cuesta creerlo — dijo. — ¿A que no os transformáis en una de esas rocas negras que rodean vuestro castillo?

El mago golpeó tres veces su cabeza con la varita mágica e instantáneamente otra roca surgió del mar, mientras el encantador desaparecía.

Sabiendo el príncipe que el ma-



go no tenía el menor poder sin su varita, la recogió y dirigióse al castillo para libertar a la princesa. Guiado por su voz llegó pronto a la habitación donde estaba encerrada y la hizo salir de ella.

— ¿Por qué causa estáis aquí, bella princesa? — le preguntó cuando estuvieron en el bote.

— El mago tuvo un disgusto con mi padre, y, para vengarse, me raptó, trayéndome a este lugar aislado, donde, hasta llegar el vuestro, no he visto nunca anclar ningún navío. Cuando que-



guemos a nuestro reino se os darán grandes riquezas, porque mi padre me quiere mucho, y no habrá cosa que le parezca bastante para recompensar a mi salvador.

Guiado por las hadas que lo habían antes impulsado, el navío se dirigió hacia el reino de la princesa, donde hubo gran regocijo al verla llegar.

Poco después ella y el príncipe Juan se casaron y, a la muerte del viejo rey, reinaron muchos años, felices y amados por todo el pueblo.

## LA SINCERIDAD

Debes precaverte contra los pérdidas consejos, aquellos que proclaman que en la vida es necesario mentir, pues de otro modo se corre el riesgo de ser engañado y vencido. Esa es una mentira más, y una de las mayores que existen. El niño enérgico y fuerte, inteligente y hábil, no necesita

recurrir al engaño para triunfar. En la vida más grave de los hombres, tampoco es necesaria la mentira. Únicamente hemos de considerar, para conservarnos sinceros, que la sinceridad exige un mayor esfuerzo moral y físico. Porque la mentira, si bien se ve, no es otra cosa que el arma de los débiles y perezosos; la falta de fuerzas y actividad hace recurrir

a la astucia y la mentira. Pero el individuo fuerte y atento, confiará en sus fuerzas y en su inteligencia, y rechazará los medios viles de la mentira o de la astuta perfidia.

No te importe que los embusteros triunfen momentáneamente. A la larga, el triunfo de los sinceros es efectivo, y mucho más honroso y agradable.



## LA HADA DE LAS RETAMAS



Jannick era una pequeña campesina bretona. Nunca había dejado su aldea. Para ella el mundo concluía al final de la landa, donde, en primavera, la retama luce su manto de oro, extendiendo sus frondosidades caprichosas hasta en el hueco de las rocas.

Los domingos, la niña ajustaba su pollera a gruesos pliegues, su corpiño de terciopelo y su cofia de tela gruesa, muy blanca. Así se parecía a su mamá,

a su abuela y a todas sus ascendientes de otro tiempo. Adornada de este modo asistía a los oficios, luego, tomada del brazo con la chiquillas de su edad, corría por los campos juntando brazadas de esas humildes florecitas que nadie ha plantado y que no obstante crecen aquí y allí, ofreciendo a los paseantes su frescura y alegres colores.

Durante la semana, Jannick trabajaba. Al salir de la escuela, donde leía con dificultad, no obstante te-



ner ocho años, la niña llevaba las ovejas a pastorear, a veces entre las aulagas, otras en las hondonadas, tan frondosas que el sol penetraba apenas. Y allí Jannick soñaba.... ¿Cuáles eran sus sueños?... ¡Oh, muy sencillos! Soñaba con dos fuegos artificiales de la próxima fiesta, con las castañas que se pelarían en las veladas de invierno, cuando la abuela contaba historias emocionantes de duendes y espíritus que no es bueno encontrar al borde de los

estanques o en la llanura, cuando cae la noche.

Una hermosa mañana, la madre de Jannick, inspirada sin duda por el diablo, le dijo:

—Voy a la ciudad y si quieres te llevaré conmigo. Verás así las bellas damas y los altos edificios. Ve a vestirme.

Como podéis figuraros, la pequeña no se lo hizo decir dos veces, y helas aquí a las dos instaladas en el carricoche del tío Bernardo.



El burro trota firmemente. Pronto el altísimo campanario y las chimeneas se destacan en el horizonte.

—¿Y eso es una ciudad?

—Sí, hija mía.

—¡Dios mío! ¡Qué grande es y cuánto ruido hay en ella!

Y Jannick admira todo; pero queda fascinada por... los sombreros... Que estén colgados en las vidrieras de una ele-

gante tienda o que adornen las cabezas de niñas rubias o morenas, coronados de flores rojas o llevando "aigrettes" ligeras, todos le parecen maravillosos y excitantes su deseo.

—¡Oh mamá! Mira éste... y aquél. ¡Yo quiero uno!... ¡Cómprame una!—dice en su dialecto breton.

—¿Estás loca? Es pecado pretender ponerse semejantes adefesios en la cabeza, cuando se es hija de Pontaven... Seguramente no te atreverías a cru-





zar la landa con ese tocado.

Y la pequeña insiste inútilmente...

—¡Quiero uno!... Es necesario que me lo compres para la próxima romería.

La madre no cede: es una sólida bretona de cabeza tan dura e ideas tan firmes como el granito de su país.

Contrariadas ambas regresaron a su casa.

Desde aquel día fatal Jannick no quiso más a

su aldea ni a la modesta cofia blanca que apisonaba sus rubios cabellos.

Y, a lo largo de los arroyos, en los caminos desiertos, murmura:

—¡Yo quiero un sombrero!... ¡Un sombrero como las señoritas de la ciudad!

Su deseo se exaspera al punto que un día estruja la pobre gorra, la desgarró entre sus dedos y la arroja lejos de sí diciendo:



—¡Toma! ¡Ahí tienes!

Un poco más calmada se deja caer al pie de una encina, una de esas encinas huecas, sin ramas, torcidas, de que está llena la Bretaña y que por la noche parecen poblar la campiña de seres extraños.

Apenas sentada, le parece oír un ligero ruido en el interior del árbol. El ruido aumenta y he aquí a Jannick rodeada de enanitos que bailan en torno

de ella una danza loca; y del mismo tronco salen muñecas pobremente vestidas, con humildes tocados, que saltan y dan vueltas también en torno de la pequeña asustada.

—¡Son los espíritus!—solloza—. ¡Mamá!... ¡mamá!... van a agarrarme.

Pero la ronda se detiene. Del tronco entreabierto sale una aparición maravillosa. Sus rasgos son luminosos. Todo el oro de las retamas en flor parece



vestirla; en su vaporosa cabellera los pétalos claros se mezclan a los diamantes dejados por el rocío.

Con un gesto de autoridad tranquiliza a la niña y poniendo sobre ella su varita de esmalte:

—De modo que...—dice gravemente—, ¿quieres un sombrero? ¿No te gusta ya la humilde cofia de las hijas de Bretaña?

La niña, avergonzada de haber sido comprendida, se levanta con la cabeza baja; para disimular su turbación, tuerce entre los dedos una punta de

su delantal.

—¡Oh, sí, señora hada!—suspira—. Pues se ve que es usted un hada. Yo quisiera un sombrero. Y puesto que es usted todopoderosa, toque este guijarro o este tallo de hierba con la punta de su varita y sacará un lindo sombrero con flores rojas o...

—Haré algo mejor—dice el hada, interrumpiéndola—. ¡Mira!

La maravillosa dama atrae a sí las muñecas, hu-



## LA HADA DE LAS RETAMAS

(Conclusión)



mildemente vestidas, con sencillos tocados. Sobre la cabeza de una pone una blonda ligera como las alas de una mariposa; sobre la de la otra el tul se ensancha en un bonete caprichoso. Esta cofia se aureola con una cinta azul pálido; en la otra la muselina se ahueca, el hilo traza arabescos y flores fantásticas. Esta es parecida a una corola de eglantina.

—¡Mira! ¿No son bellas mis hijas de Bretaña?  
Y los vestidos se vuelven pesados con largas ban-

das de terciopelo; los corpiños se adornan con cadenas de oro, las golas tableadas o plegadas se vuelven diáfanos. Los chales sedosos, con largas franjas, cierran los pechos, los delantales de seda se enriquecen con bordados de tintes tornasolados.

A una señal del hada un enanito jorobado recoge la cofia de tela desgarrada por Jannick.

El hada la estruja entre sus largos dedos. La tela grosera se afina, se vuelve tan diáfana que ninguna obrera podría tejerla así. Ella adorna la ca-



beza de la niña y la varita mágica, paseándose sobre los rubios cabellos, los vuelve sueltos y sedosos.

—¡Mira qué bonita estás!—dice el hada a la niña.

—Y ahora vuelve junto a tu madre.  
Y mientras Jannick se contempla en el estanque, los enanos y las muñecas, recomenzando su danza

loca, desaparecen en el tronco de la encina. Y el hada se desvanece en las nubes.

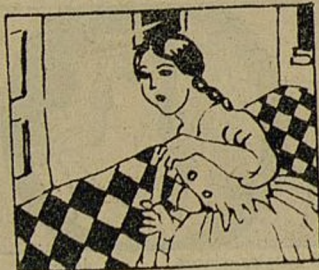
Desde ese día las hijas de Bretaña llevan lindos vestidos y cofias tan delicadas, tan lindas como si las manos de un hada las hubieran tejido...

*Bruyère.*

## LA DESPRECIADA



Margarita tenía diez y seis años y su vida era un verdadero martirio. Hermosa como la flor de su nombre, no tenía cariño a nadie. Muerta su madre, le quedaban dos hermanas mayores y su padre que la tenían aborrecida. Ella fregaba los platos, barriaba la casa, lavaba la ropa. Jamás la



llevaban a ninguna parte. Cuando sus hermanas salían, Margarita se quedaba en casa y triste y afligida lloraba en silencio.

Para ella ni vestidos bonitos, ni una palabra de cariño, todo era desprecio, brutalidad, dureza.

La mayor se llamaba Isabelita, bastante fea, pero muy coqueta.



Se pasaba horas enteras mirándose al espejo; el dinero que la daba su padre se lo gastaba en adornos y perfumes. La otra hermana llamada Lolita, era egoísta, no pensaba más que en su persona; jamás había dado una limosna a un pobre, pero en cambio a su egoísmo añadía ser ex-



## LA DESPRECIADA



traordinariamente golosa y siempre iba bien provista de bombones y otras golosinas.

Margarita, por el contrario, no era coqueta, ni egoísta, ni golosa: los pocos ahorros que hacía durante la semana, los repartía a los pobres los domingos cuando iba a misa, única distracción que



y aromática aroma, nacida entre abrojos... ¿Qué quería decir con esto mi santa madre?... ¡Ah, entonces no lo comprendía! Ella me decía que mi padre no me quería que mis hermanas, me despreciaban. ¡Sí, sí, hoy lo comprendo madre mía, ¿por qué te habrás muerto?



y como de costumbre Margarita pobremente vestida pero muy limpia y aseada fué a la iglesia y repartió sus ahorros a los desgraciados que la esperaban. Cuando regresó a su casa encontró a su padre hablando con un caballero lujosamente vestido, joven y hermoso.



su padre y sus hermanas la permitían. Los demás días, terminado el trabajo de su casa los pasaba en el jardín hablando con las flores, contándoles sus tristes penas.

Una tarde que se hallaba más triste que nunca porque había trabajado mucho se sentó rendi-



—No te aflijas hija mía; tú serás dichosa, serás la envidia de tus hermanas.

Margarita se quedó estupefacta, luego miró a los rosales y vió que de una de las rosas salía un precioso ruiseñor que lanzando sus trinos se elevó por el espacio.



Margarita saluda con humildad, bajando la cabeza y entornando sus párpados. Su padre la llamó

—Este caballero, que es el más rico heredero de nuestro país, se ha enamorado de tu bondad y de tu hermosura, y viene a pedirme tu mano para hacerte su esposa.

Margarita quedó del todo rubo-

## (Conclusión)



da al pie de unos rosales y dejó que su pensamiento volara por el campo del dolor:

¡Ah!— exclamaba Margarita.— Si mi pobre madre viviera, yo no me vería tan sola y despreciado; ella me quería mucho siempre me besaba y me llamaba su pequeña Margarita, su flor de suave



Hondamente conmovida y pensando que la voz que había oído no había sido más que la ilusión del canto del ruiseñor, se encerró en su cuarto, pero aquella noche no pudo dormir. Le parecía escuchar siempre aquellas misteriosas palabras.

Al día siguiente era domingo,



rizada, sin acertar a pronunciar una palabra, hasta que por fin, pudo balbucear:

—Yo no haré más que obedecer a mi buen padre.

Algunos días después, la joven despreciada se casaba con el rico caballero, siendo la envidia y la desesperación de sus hermanas.



## JUGAR CON FUEGO



Toñito y Nati han ido a pasar una temporada al campo, y conciben la idea de construir una casa al rededor de un frondoso algarrobo, cuyas ramas forman perfecta bóveda.

Al efecto, van amontonando piedras al rededor del árbol y al cab de algunos días de trabajo, han construido la casa con sus correspondientes departamentos, esto es, la cocina, un saloncito, una cuadra y un comedor.

Los dos hermanitos llevan allí todos sus juguetes que colocan en sus respectivos si-



tios; cacerolas, platos y demás utensilios en la cocina, muebles y muñecas en el salón, la mesa y sillas en el comedor, los caballos de Toñito en la cuadra.

El viejo colono de la finca contempla gozoso el infantil juego, pero les recomienda que de ningún modo jueguen con fuego.

Toñito no hizo caso de la recomendación, y aquel mismo día dice a su hermanita que él hará el café. La niña le entrega la cafetera coge un puñado de arena y vierte en ella un poco de agua.

—No, no—dice Toñico—, mira, yo tengo



café de verdad, pon agua aquí y voy a encender la lumbre.

Y diciendo esto enseñó a su hermana un pequeño paquete de café y una caja de cerillas que había cojido de la cocina del colono.

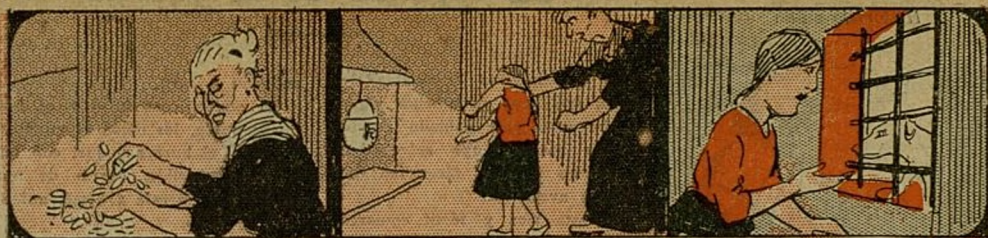
Nati no protestó, por el contrario, amontonó una buena cantidad de hojas y branquitas secas y Toñico les prendió fuego. Al pronto salió mucho humo, y el niño, creyendo que se había apagado se puso de rodillas y empezó a soplar. Como era natural, las hojas se convirtieron de repente en una gran llama. Toñico se levantó

asustado, pero con el pelo y las cejas socarrimadas; la niña huyó asustada gritando "¡Fuego, fuego!"

Acudió presurosa la mujer del colono. A los gritos de la mujer y los niños acudió el colono que se hallaba descansando, y gracias a su intervención el fuego fué pronto sofocado.

Inmediatamente Toñico con sus rizos quemados, y su hermanita Nati que no se les había pasado el susto, fueron enviados a sus papas por desobedientes, y en castigo, pasaron mucho tiempo sin ir al campo y sin que les compraran más juguetes.





En Viena vivía una mujer anciana a quien todos conocían por la Urraca, porque era tal su avaricia que siendo bastante rica, se la veía recorrer las casas pidiendo hasta para comer, y sin embargo por las noches encerrada en su casa se pasaba las horas contando y recontando sus monedas de oro, que a montones relucía sobre una mesa, para guardarlas a la luz del día.

Una mañana vió en la calle acurrucada en un rincón a una niña que se tapaba el rostro con su delantalito, como si estuviera llorando. La Urraca se acercó a ella y la interrogó con dulzura: "¿Cómo te llamas?" "Aurelia" contestó la niña secándose los ojos. "¿No tienes padres?" "No tengo a nadie en el mundo; vivo con un matrimonio caritativo, que me pega todos los días una paliza, por eso no quiero volver más, prefiero pedir limosna." "Ven-

te conmigo, yo no tengo hijos y nada te faltará" dijo la Urraca con su voz acariciadora. La pobre Aurelia contenta de aquel ofrecimiento, siguió a su nueva protectora, y a los pocos días comprendió que había cambiado de casa para llevar una vida de trabajo y de maltrato peor que la que llevaba con aquel matrimonio caritativo. Durante el día la avara Urraca, la obligaba a pedir limosna, recibiendo con palabras duras y amenazadoras cuando no traía dinero, y por las noches tenía que limpiar la casa si quería comer antes de acostarse un plato de patatas cocidas y un trozo de pan. Un día en que Aurelia se quedó sola en la casa algunas horas, oyó que rascaban en la puerta de la calle, la niña miró temblorosa por una rendija y vió a un perrito flaco como una caña y que se había echado en el quicio de la puerta, como si esperara que aquella se



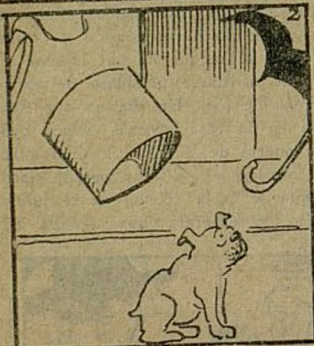
abriera. Aurelia no tenía la llave, pero abrió una ventana que estaba junto a la entrada, protegida por una reja, y llamó al perrito. Este acudió enseguida dando muestras de gran alegría y lamiendo las manos de la niña, la cual lo cogió en sus brazos, diciendo: "¡Pobrecito, no tienes a nadie como yo, ven conmigo!". Cerró la ventana y llevó al perrito a su cuarto, dándole el pan que ella tenía para su almuerzo. Cuando regresó la Urraca, se puso furiosa y cogiendo un palo echó al animalito, gritando: "Yo no quiero a nadie que no trabaje; este perro no sirve más que para comer y dormir". Los ojos de Aurelia se inundaron de lágrimas, pero no se atrevió a protestar. Desde aquel día el perrito la esperaba en la calle, ella lo acariciaba y juntos, recorrían la ciudad, no separándose hasta la noche. La niña le guardaba siempre de su comida, hasta que por fin una mañana no vió a Fidel, que este era el nombre que la niña había puesto a su compañero. Llena de tristeza aguardó el día siguiente y tampoco lo vió. Aquella noche no pudo dormir; y lo primero que hizo al levantarse con la aurora, fue correr a la ventana y mirar a la calle, ahogando un grito de alegría. Fidel estaba allí aguardán-

dola, pero no tuvo tiempo de acariciarlo porque en aquel momento se sintió cogida bruscamente por los brazos. Era la Urraca que llena de furor la arrastró hacia dentro gritando como una energúmena. Aurelia lloró, suplicó por su perrito y esto la valió la amenaza de tenerla encerrada para siempre, si la veía otra vez con el perro. Por lo pronto aquel día ya no salió a la calle, pero a media mañana se presentó en la casa una señorita lujosamente vestida, cubierta de alhajas y que descendió de un carruaje. La Urraca salió a recibirla haciendo mil reverencias, presentando a Aurelia como a su nieta, exponiendo la pobreza en que vivían. Fidel aprovechó de aquella ocasión y dando saltos de contento acariciaba a la señorita y a la niña. "¿Es tuyo este perrito?" preguntó la desconocida. Aurelia llena de valor, contó entonces toda la verdad y la bondadosa dama contestó: "Lo he tenido dos días en casa y él ha sido quien me ha guiado hasta aquí... desde hoy vendréis los dos conmigo y tendréis mi protección". Dió unas monedas a la Urraca y se llevó a la niña y a Fidel en su carruaje.

Desde aquel día la huerfanita y su perrito fueron dichosos.



## La leyenda de la envidia



Lo que hoy es la Arabia desierta, fué hace ya muchos siglos un hermoso país poblado de inmensos bosques que refrescaban caudalosos ríos y alegraban bulliciosas aves.

En esta rica y fértil comarca, llena de perfumadas flores y de sabrosos frutos, veíanse aquí y allí, a grandes intervalos, espacios de tierra estéril, en los cuales las semillas se convertían en polvo, y el agua de las nubes desaparecía sin fecundar cosa alguna.

Formaban estos eriales, infinitos granos de menudísima arena, pálidos como el odio, inquietos como la cólera e incapaces de unirse unos con otros.

Impotentes para el amor, y siendo los últimos en la escala de la vida, ambicionaban concluir con la naturaleza entera, o por lo menos convertirla en polvo.

Cuando el alba resplandecía en el Oriente, y se abrían las flores, cantaban los pájaros y en las cristalinas corrientes de los ríos se reflejaba la luz, reproduciendo en su bruñida superficie la imagen de cuanto la rodeaba, la arena amarilleaba como un icterico, y al menor soplo de aire se lanzaba sobre tantas cosas buenas y bellas abrasándolas con su aliento.

Durante la noche trocábase en negra y sombría como los pensamientos que la animaban.

Un día los granos de menudísima arena fraternizaron en sus malas pasiones.

—Sea todo igual y lo mismo,— se dijeron;—acabemos con la soberbia de las aves que se remontan al cielo y con el servilismo de las aguas que se arrastran por la tierra. Los árboles nos ofenden con su sombra, las montañas nos humillan con su altura, sobre nosotros pisan los seres animados, el sol se rie de nuestra desnudez, y el mar parece decirnos con impertinente orgullo:—“De aquí no pasarás”.

—¡Sea todo igual y lo mismo!

aullaron a coro.

Lo pequeño se unió y se hizo innumerable, los odios se minaron, y surgió el huracán, que, con una crueldad terrible, corrió de norte a sur y de este a oeste, aniquilándolo todo.

Concluida la primera jornada, los granos de arena, con los restos de tantas víctimas, se entregaron al reposo.

En su obra de destrucción habían llegado al pie de altas montañas y a orillas de dos mares.

La imponente inmovilidad de aquellas y el rugir pavoroso de estos les infundieron temor y espanto; todo el que es cruel es cobarde y recela del más fuerte las mismas iniquidades de que hace víctima a los débiles.

Largo tiempo duró su paroxismo, pero cuando descubrieron que los océanos se componían de menudísimas gotas de agua y las cordilleras de microscópicas partículas de tierra, el odio las enardecía y de nuevo gritaron:

—Adelante!

El choque fué titánico, tan gigantesco como impotente: si escaló la altura, el viento la barrió y dispersó en revueltas nubes de polvo; si penetró en el agua, las olas la devolvieron convertida en fango.

En su desesperación, se vuelve contra sí misma, y entonces el simoun la desgarró y despedaza, esparciéndola en todas direcciones.

Esto ocurrió hace muchísimos siglos y todavía la lucha se renueva.

En algunos meses del año, cuando el sol incendia la atmósfera y es todo calma, soledad y silencio, la arena del desierto, asfixiada, sufriendo mortales angustias, recuerda aquellos tiempos en los cuales hallaba sombra en los bosques, frescura en las aguas de los ríos, perfumes en las flores y alegre esparcimiento en el canto de las aves.

V. COLORADO.







Eran tres palomitas hembras que habían crecido juntas y prometieron no separarse nunca. La una tenía el plumaje blanco como la nieve, la otra negro como el azabache y la tercera dorada como el trigo.

Volando por los bosques de la India, les sorprendió una tor-

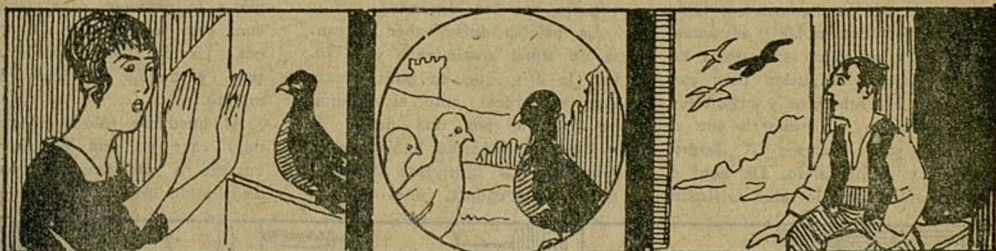
menta cuando ya se aproximaba la noche. Las palomitas buscaron donde refugiarse y volando, volando se detuvieron en la ventana de una cabaña, que estaba abierta y en donde había una linda niña que estaba leyendo. La pidieron hospitalidad, pero ella contestó:

—A la blanca y a la dorada, sí, a la negra no, por que no me gusta el plumaje negro.

—Pues nosotras no podemos separarnos—contestaron tomando otra vez el vuelo.

Al poco rato se detuvieron en el torreón de un viejo castillo.

Allí vieron a una joven



dama que se entretenía en bordar un rico manto, y al exponerla su desecho, la dama contestó lo mismo:

—A la negra no, porque odio el plumaje negro.

Huyeron las palomitas y en todas partes donde se detuvieron les contestaron que la negra les

inspiraba horror.

—Quedáos vosotras—dijo la que era rechazada, a sus dos compañeras—y yo pasaré la noche en el bosque.

—Nosotras la pasaremos contigo, hemos prometido no separarnos.

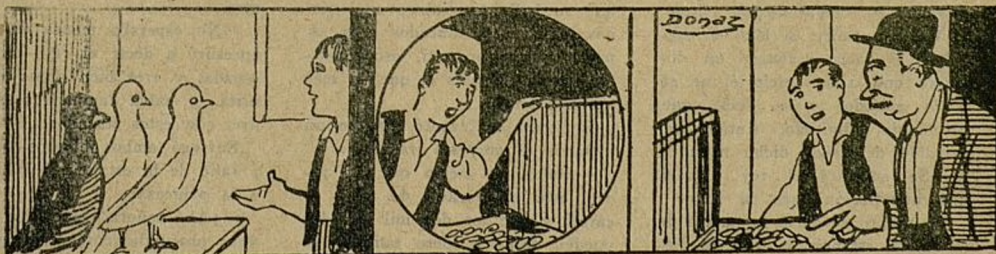
En aquel momento divisaron

una luz a lo lejos.

Era la choza de un pequeño pastorcillo.

—Pequeño pastorcillo, quieres darnos hospitalidad al lado de tus ovejas, estamos mojadas y muertas de frío.

—Entrad—dijo el niño de los bosques—aquí tenéis casa y co-



mida.

—No te importan nuestros colores?—preguntó la paloma negra.

—Todos me gustan—contestó el pastorcillo—¿no véis a mis ovejas que son de varios colores? Pues a todas las quiero por igual.

Al día siguiente cuando alumbra el sol las palomitas pidieron permiso para irse. Habían dormi-

do sobre una vieja arca donde el pastorcillo guardaba sus ropas y sus ahorros.

Podéis ir os si así os place—exclamó el compasivo niño—y no olvidéis que aquí tenéis siempre un refugio.

Las palomas partieron, y algunas horas después, cuando el pastorcillo abrió su arca, se en-

contró con que estaba repleta de monedas de oro y piedras preciosas.

Lleno de natural asombro, el niño llamó a su padre que desde aquel momento, el padre y su hijo fueron inmensamente ricos, recordando siempre a la palomita negra y a sus dos compañeras.





La princesa de los Ursinos, embaajadora de Luis XIV, en la corte de su nieto Felipe V, tenía un pajeito joven de 17 años hijo de una distinguida familia castellana que reveses de fortuna habian dejado en apurada situación.

El pajeito Montesa que así se llamaba, estaba dotado de un valor y de una inteligencia que igualaban a su alma noble y sentimental, pues así como su espada estaba siempre dispuesta para castigar a los soberbios y orgullosos, su mano era la primera que se tendía para socorrer al desgraciado y al desvalido. De aquí el gran afecto que le tenía la ilustre

dama y aún el mismo rey don Felipe.

En cierta ocasión el joven Montesa supo por la princesa de que el monarca pensaba regalarle una magnífica espada en el día de su santo, pero la víspera el pajeito se presentó muy triste, abatido y con los ojos velados por las lágrimas.

La princesa quiso saber la causa de aquel sentimiento y el joven le dijo que su padre tenía que comparecer ante el tribunal de Justicia, por una deuda de mil escudos que no había podido satisfacer. La influyente dama se quedó sorprendida, pues ignora-

ba la situación en que se hallaba la familia de su paje.

—¿Cómo no me lo has dicho antes?—contestó entre grave y cariñosa.—Veo que eres tan valiente como reservado, pero en esta ocasión no puedo por menos que reñirte por tu reserva.

En aquel momento el rey llamó a la princesa para despachar con ella los asuntos diplomáticos. La de Ursino dejó a su paje y acudió al regio llamamiento.

Al quedarse sólo el joven, se dejó caer en una butaca y se entregó a sus pensamientos. No dudaba de que la poderosa dama



salvaría la comprometida situación de su padre, si bien su dignidad le hacía rechazar un donativo que a su juicio él no se había ganado, y se decía que no debía admitirlo, sintiéndose culpable de haber dicho nada.

—Se enterará el rey y será una humillación para mi padre.

De pronto se abrió la puerta de la lujosa estancia y apareció Felipe V, acompañado de la princesa.

El paje se levantó precipitadamente y dobló una rodilla ante el soberano.

—Levántate, Montesa—le dijo don Felipe—he sabido el apuro en

que se halla tu padre; aquí tienes los dos mil ducados y la espada que te prometí, escoge entre los dos regalos el que en más aprecio tengas.

El joven se levantó, titubeó un instante y contestó resuelto:

—Señor, es cierto que mi padre está amenazado de ir a la cárcel y que los dos mil ducados pueden salvarlo, pero también es cierto que mi rey me entrega su espada para que lo defienda: la elección no es dudosa para mí.

Y extendiendo el brazo, hizo ademán de coger la espada que el monarca tenía en la mano y dejó la bolsa que llevaba en la

otra.

—No esperaba menos de tí—se apresuró a decir el rey—toma mi espada, y eres bien digno de ceñirla, y salva también a tu padre, con estos ducados.

Entregó ambos objetos al paje y salió de la estancia dejando allí a la princesa.

—¡Ah, señora!—exclamó el joven profundamente conmovido—¿Cómo podré pagaros tan inmensa protección?

—Sirviéndome como hasta hoy y no siendo reservado nunca más conmigo—contestó la princesa sonriendo.—Y no olvidéis que ceñís la espada del rey.

FIN